

THE TAQWACORES



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON

MUHAMMAD WAS A PUNK ROCKER

I SEE MUHAMMAD
DOWN AT THE CORNER STORE
ROCKING ON GALAGA
GETTING THE HIGH SCORE
WHEN HE DELIVERS SERMONS
THE KIDS THINK HE'S A BOLE
BUT WHEN HE SMASHES IDOLS
EVERYONE CHEERS FOR MORE

MUHAMMAD WAS A ~~FOR~~ PUNK ROCKER
HE TORE EVERYTHING DOWN
MUHAMMAD WAS A PUNK ROCKER
AND HE ROCKED THAT TOWN

ALL THE PEOPLE IN MEECA
KNEW MUHAMMAD'S NAME
THEY KNEW HIM BY HIS FUCKED-UP HAIR
AND DANGLING WALLET CHAIN
THE KNEW HIM BY HIS SPIKES
AND SAID HE WAS INSANE
BUT ALI KNEW BETTER
UNCLE WOULDN'T PLAY THEIR GAME

MUHAMMAD WAS A PUNK ROCKER
YOU KNOW HE TORE SHIT UP
MUHAMMAD WAS A PUNK ROCKER
RANGID STICKER ON HIS PICKUP TRUCK

WHEN HE WAS IN A DUMPSTER ~~BY~~ BY HIMSELF
ALLAH TOLD HIM CRAZY THINGS
FOR MUHAMMAD TO SHARE WITH ALL OF US
ON HIS SIX HOLY STRINGS

Michael Muhammad Knight
THE TAQWACORES

Traducción a cargo de JMT & B. Orzos



GINGER APE BOOKS&FILMS

Originally published in the English language by COUNTERPOINT under the title THE TAQWACORES, by Michael Muhammad Knight

Maquetación: Rubén L. Conde

Imagen de cubierta: Rubén L. Conde, *Taqwa Reb Flag* (2014)

Colección: Thompson&Thompson

TT05-00011-A

Primera edición en Ginger Ape Books&Films: noviembre de 2014

© Copyright 2004, Michael Muhammad Knight

© Copyright 2014, de la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S. L.

© Copyright 2014, de la traducción: JMT & B. Orzos

© Copyright

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-941858-1-6

Depósito legal: AL 1242-2014

BIC: FA

Impreso por Mayor Print Industrias Gráficas, S. L.

Avda. Málaga Oloroso, 34

29014 - Málaga

Ginger Ape Books&Films, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM · WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS

ÍNDICE

I.....	13
II.....	41
III.....	67
IV.....	101
V.....	141
VI.....	185
VII.....	221
VIII.....	259
IX.....	287
X.....	317
GLOSARIO.....	331

NOTA PRELIMINAR

Los editores no se hacen responsables de las opiniones vertidas en la presente obra, que no representan necesariamente su pensamiento o línea editorial y son exclusivas de su autor.

Los editores

THE TAQWACORES



CAPÍTULO I



BISMILLAHIR, RAHMANIR¹ y demás...

«Perdió el índice derecho en una apuesta».

«¿Te estás quedando conmigo? ¿Cuál era la apuesta?».

«Que no se atrevería a cortarse el dedo».

«Así que ganó la apuesta».

«Sí, pero perdió el dedo. Y nunca fue al hospital ni nada de eso. Terminó con una enorme infección en la mano, un absceso inflamado del tamaño de una pelota de golf que podría haberle matado si no lo hubiese drenado».

«¿Está bien ahora?».

«Sí, pero cuando está en la AZALÁ y llega el momento del TASHAHUD, en lugar de mover el dedo índice, tiene que subir y bajar el corazón. Es como si se hiciera peinetas a sí mismo cada vez que reza».

Unas horas más tarde ambos estaban inconscientes.

Parecía como si en cada momento del día hubiese al menos una persona despierta en aquella casa punk, como si fuera necesario que alguien estuviese siempre alerta. Bajando en silencio por el hueco de las escaleras, tras otra de las fiestas de Jehangir, asumí ese cargo no oficial durante el cambio de guardia. Y al entrar en el oscuro salón me encontré con una escena que creo, INSHA'ALLAH, quedará grabada para siem-

¹ Todas las palabras en versalitas encuentran correspondencia en el glosario final [N. del E.].

pre en mi mente. Incluso ahora no podría decir si aquello me pareció trágico, cómico o hermoso, aunque de un modo que jamás llegarían a entender nuestros imanes.

En mitad del suelo, flanqueado por montones de botellas de cristal marrón y latas esparcidas, rodeado por los despojos de personas inconscientes desplomadas sobre los sofás, las unas sobre las otras, y por un tipo cubierto por sus propios vómitos, había un punk al que no conocía, con docenas de antenas capilares brotando de su cabeza, sentado sobre el cartón blanco de una caja de pizza. Estaba demasiado oscuro para identificarlo, aunque de todas formas no creo que hubiese conocido a aquel chico. Lo observé por un momento: sentado sobre sus pies, con las manos en sus rodillas, mirando hacia el agujero que Umar había hecho con un bate de béisbol en el yeso barato de la pared para indicar la ALQUIBLA.

El chico se inclinó para la SUJDAH y se levantó con la frente cubierta de lo que probablemente era confeti gris tiza que alguien había tirado de un cenicero, aunque volvió a prosternarse, y pude escuchar el movimiento de sus labios pero no las palabras que pronunciaba. Después, doblando sus manos sobre el estómago, se levantó nuevamente para hacer otro RAKAT. Cuando miré por la ventana supuse que probablemente era la hora de la FAJR —STAGH FIR'ALLAH—, y debería haberme unido a él, aumentando así veintisiete veces el valor de sus plegarias. Pero en lugar de eso me apoyé sobre la puerta del salón y lo observé como si aquella oración hubiera sido realizada en nombre de todos nosotros. Cuando volvió a sentarse en posición RUKU, me aseguré de salir corriendo antes de que girase su cabeza hacia mí al hacer los

SALAAMS.

Una cosa que he observado y aprendido con exactitud sobre los punks: todos son leyenda, todos y cada uno de ellos, en un ámbito o en otro. Incluso si nunca los has visto en aquellos ambientes en que son famosos, incluso en un simple apretón de manos entre amigos de amigos en un aparcamiento, no puedes evitar sentir una vitalidad inmortal, algo así como estar viviendo una historieta de exuberancia impostada, como si ese aparcamiento fuera la sede de una cumbre histórica o la típica escena de una película que estás viviendo en ese momento. Al menos así lo sentía yo; pero ¿qué es un *punk*? No voy a abrir aquí esa caja de Pandora, pero he de decir que en mi historia y en la de esta casa, conocí muchas de las acepciones de aquella palabra, y me sentí a gusto hablando de rude boys, riot grrrls, crust, Oi! y straightedges. Y sabiendo jerga suficiente como para moverme cómodamente por esos ambientes culturales; y en un grado tal que yo mismo parecía un punk; si es que existen los punks que estudian ingeniería porque sus padres se lo han ordenado.

Llegué a comprender inevitablemente que la palabra *punk* no tiene un significado tangible como *árbol* o *coche*. Más bien, el *punk* es una bandera; un símbolo abierto que solo significa lo que la gente cree que significa. Hubo un tiempo que en la China las luces rojas de los semáforos significaban *pasar*. ¿Qué se puede decir ante eso?

Dejé de intentar definir el Punk más o menos al mismo tiempo que dejé de intentar definir el Islam. Son dos conceptos no tan alejados entre sí como uno pudiera pensar. Ambos surgieron de tremendos arrebatos de verdad y vita-

lidad, aunque hayan perdido algo por el camino: quizá la energía que procede de saber que el mundo nunca ha visto una fuerza y una furia tan positivas y que nunca volverá a verlas. Ambos han sufrido a los traidores y a los hipócritas, pero también a los verdaderos creyentes, cuya devoción ha paralizado sus instintos creativos. Ambos son vistos por los extraños como comunidades unidas y compactas, pero nada más lejos de la realidad.

Podría continuar, pero la similitud más importante es que, al igual que el Punk, como señalé anteriormente, el Islam es una bandera en sí mismo, un símbolo abierto que no representa *cosas*, sino *ideas*. El Punk o el Islam no se pueden tocar con las manos. ¿Qué podrían significar más allá de lo que tú quieras que signifiquen?

Me arrastré por la oscuridad hasta encontrar la cocina, para que el chico que rezaba no se percatara de mi presencia. Encendí la luz, y parecía como si George W. Bush hubiese bombardeado aquel lugar en busca de malhechores. Me abrí paso a través de sillas tiradas, botellas vacías y basura variada alrededor de la mesa, hasta llegar al frigorífico, completamente vacío excepto por una caja del restaurante chino —de qué y desde cuándo, ALLAHU ALIM— y una de cerveza. Nunca faltaba cerveza.

«SALAAM-ALAIK», dijo una voz de chica detrás de mí, y al girarme, me encontré con un BURKA tipo *ninja*, largo y caído, con varios parches de grupos de música. Ni siquiera podía verle los ojos a través del tejido de la rejilla, aunque de todas formas yo miraba al asqueroso suelo de la cocina.

«WA ALAIKUM AS-SALAAM», contesté, «WA RAHMATU-

LLAHI WA BARAKATUH. Solo estaba buscando algo de beber».

«Hay mucho para beber».

«Estaba pensando en algo HALAL».

«¡Ah, HALAL! Aquí has de ser más específico». Se puso a dar vueltas por la mesa, cogió un vaso sucio, lo lavó en el fregadero, dejó que se llenara y me lo pasó.

«JAZAKALLAH KHAIR», dije. Ella levantó del suelo una de las sillas que yo había sorteado y se sentó.

«Siéntate».

«Es que... es que tengo que irme, debo prepararme para ir a clase en un par de horas».

«Ah, vale», se rio. «Cada vez que un hombre y una mujer están solos, Satán es el tercero en discordia».

«Sí... digo no, no es eso, pero, ya sabes, no sé si a Umar le...».

«Umar está siendo estricto consigo mismo en su sobrio letargo, no te preocupes por eso. Se levantará a mediodía, muy cabreado por haberse saltado la FAJR y le meterá una hostia a la tele».

«Si es solo a la tele», comenté mirando al punto donde estarían sus ojos, «es una mejora respecto a lo que hizo anoche».

«Pensé que iba a matar a aquel tío. Putos arrebatos violentos de machito». Había algo en su manera de hablar, o era el simple hecho de que ella lo dijese, que no dejaba de inquietarme. Y ella lo sabía.

«Oye, ¿has hecho ya la FAJR? Porque yo todavía no la he hecho, aunque no creo que haya amanecido».

«Lo siento, tío, te estoy calentando la cabeza».

«Oh». Miré a mis pies. WA'ALLAH, el suelo estaba asqueroso. «Bueno, creo que voy a hacerla». Volví al fregadero, me quité los zapatos y después los calcetines, poniendo los pies sobre aquellos, me arremangué y comencé la ABLUCIÓN mientras el agua rebosaba de las botellas verdes de Heineken que había en el fregadero. Rabeya permaneció sentada, contenta de saber que ninguno de mis guiones para la interacción hombre–mujer, ya fuese MUMIN O KUFR, podía servirme de referencia para tratar con ella.

Nunca le veíamos la cara, lo que en mi opinión le otorgaba cierta influencia psicológica sobre nosotros. Sin embargo, no todo lo que hacía con esa ventaja encontraba fácil amparo en la tradición. Aunque Rabeya era una musulmana tan devota como cualquiera de los que estábamos en aquella casa, ella hacía su propio Islam y lo adaptaba a su vida. Esta era la chica que en la fiesta de la noche anterior, ataviada según el PURDAH, cogió el micrófono para hacer una versión del *Nazi Girlfriend* de los Stooges, cantando a través de su NIQAB con voz lenta y espectral, como la voz quebrada de Iggy Pop en *Old Man Mortality —I want to fuck her on the floor, among my books of ancient lore—*, la misma chica que se ponía los viernes delante de nuestro MIHRAB, hecho a batazos en la pared, para dar la KHUTBAH y repartir barbaridades manuscritas sobre el machismo de ambos hemisferios en su fanzine autoeditado *El Himen de Ayesha*.

Recorrí el pasillo y entré en el salón. Observé la caja de pizza que había servido como alfombrilla para la oración. El chico que rezaba ya se había ido y la luz del cielo que se filtraba por las ventanas era suficiente para permitirme ver con claridad la mierda y la ruina de aquella habitación, in-

cluyendo la ruina viviente de los sofás. La escena quedaba enmarcada por muros cubiertos de pósters punks, carteles en A4 de conciertos locales, manchas, desperfectos y, alrededor del MIHRAB de la pared, diversas placas y pósters en caligrafía árabe: ALEyas coránicas, los 99 nombres de Alá, una bandera verde saudí con el símbolo de la anarquía pintado con espray negro y cosas por el estilo. Todo envuelto por esa luz grisácea que hay justo antes de que el sol salga y te dañe los ojos; era como si aquellos últimos suspiros de la noche arrastrasen un nuevo día, mientras los McDonalds se aprestaban para recibir a los estudiantes más veteranos con sus cafés y sus periódicos. ¿Había salido ya técnicamente el sol? ¿Era demasiado tarde para la FAJR? Ya se me había olvidado cómo funcionaba todo aquello.

Regresé por la tarde y me desplomé sobre una apestosa y destartalada tumbona en el porche. Mi colgante e inerte mano derecha rozó una botella vacía que había en la silla. Tenía cierta curiosidad por saber de qué humor estaría Umar, pero estaba demasiado cansado como para preocuparme. Había un paquete de tabaco sobre la verja del porche. Mis párpados se caían por sí solos; estaba a punto de quedarme dormido. Entonces empezó a sonar el *Hey Little Rich Boy* de los Sham 69 a todo volumen desde el interior de la casa, lo que significaba que alguien se había percatado de mi presencia. Era la típica broma de aquella casa, tan recurrente como el ADHAN de la ZUHR en la MASJID HARAM.

La puerta del porche se abrió bruscamente y apareció Ayyub el Magnífico, un esquelético yonqui iraní en vaqueros de pitillo, sin camiseta, con un enorme *Karbala* tatuado en

tipografía Old English justo debajo de la clavícula, bailando como un jodido calvo retrasado en el porche y cantando:

«HEY, LITTLE RICH BOY! TAKE A GOOD LOOK AT ME! HEY, LITTLE RICH BOY...».

«No quiero verte», respondí. «Quiero morirme durante una semanita o así, y después estaré preparado, INSHA'ALLAH». Ayyub el Magnífico continuó dando botes y agitando sus puños en el aire.

«HEY, LITTLE RICH BOY! TAKE A GOOD LOOK AT ME!».

Cerré los ojos sabiendo que en algún momento la canción tendría que terminar. Ayyub el Magnífico volvió a entrar.

«¡Ayyub, tío!». Volvió a salir como un tiro y empezó a dar pisotones y botes de nuevo.

«HEY, LITTLE RICH BOY! TAKE A GOOD LOOK AT ME! HEY, LITTLE RICH BOY! TAKE A GOOD LOOK AT ME!».

«AL-HAMDULILAH, Ayyub. Por favor, tío, mis ojos...».

«HEY, LITTLE RICH BOY! TAKE A GOOD LOOK AT ME! HEY, LITTLE RICH BOY! TAKE A GOOD LOOK AT ME!».

Entonces, satisfecho con sus declaraciones, volvió adentro.

Con el porche entero para mí, me dejé llevar por varios estados de inconsciencia; era ese tipo de cansancio que tienes cuando ni siquiera sabes si realmente has llegado a dormirte, pero eres incapaz de recordar nada de lo ocurrido hace cinco minutos, por lo que debes de haberte quedado sopa.

El conocido estribillo *don't drink-don't smoke-don't fuck* del *Out of Step* de los Minor Threat podía escucharse desde la

esquina como si de una cacofonía se tratase, acompañado por el ruido y el petardeo de unos altavoces a tope. Sabía que de haber tenido fuerzas suficientes para girar la cabeza, habría visto una carismática furgoneta *pick-up* con la parte trasera llena de pegatinas de bandas musicales y un logo verde que rezaba: 'EL ISLAM ES EL CAMINO'. Umar se detuvo delante de la casa y bajó de la furgoneta mostrando toda su *umaridad*. En cualquier detalle daba muestra de sus convicciones, que divulgaba de forma tan admirable como irritante: la camiseta blanca lisa marcaba sus fornidos bíceps y sus fuertes y gruesos pectorales, la cabeza rapada le otorgaba un aire marcial y la retórica de sus tatuajes (una gran X negra en el dorso de cada mano; la luna en cuarto menguante y la estrella en la parte exterior del antebrazo derecho; el nombre de Muhammad —SALLALLAHO ALAYHE WA SALAAM— en tipografía árabe en la parte exterior del antebrazo izquierdo; y por último, un emblema que, por más que intentaba evitar, no podía dejar de examinar con atención: en la parte delantera de su cuello, justo en la garganta, tenía un 2:219 en verde).

«AS-SALAAMU ALAIKUM», dije totalmente inmóvil mientras Umar subía las escaleras.

«¡Hermano Yusef Ali! WA-ALAIKUM AS-SALAAM. ¿KAY FALLAHUKUM, tío?».

«ANA BIKAIL», contesté, levantándome para estrechar su mano. Lo poco que sabía de árabe, aparte del que utilizaba con fines religiosos, lo había aprendido de él. Aunque, a decir verdad, ya sabía algo de urdu. «¿KEY ALI?»., pregunté.

«TEEGA, ACHA». Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones militares y sacó dos SIWAKS, ofreciéndome uno. Al

cogerlo, me percaté de que tenía la piel de los nudillos desgarrada, pero decidí no comentar nada sobre la noche anterior. Si Umar estaba de mal humor, no me di cuenta. Es posible que él sintiese un vínculo especial entre nosotros, ya que éramos los dos únicos habitantes de la casa que no conocían el sabor de la cerveza. Yo movía el SIWAK entre los dientes y Umar lo sostenía colgado del labio como si fuera un cigarrillo. Él siempre estaba atento, como tensamente preparado para enfrentarse a un agresor que pudiera asaltarle desde detrás de un árbol. Aunque intentaba no hacerlo, continuaba fijándome en el 2:219 y me estremecía al pensar en una aguja inyectando tinta en mi cuello, pero eso resumía la esencia de Umar. Mostraba sus batallas como una insignia. Nuestros ojos se cruzaron y yo aparté la mirada rápidamente.

«¿Te dolió?», le pregunté, aunque ya habíamos hablado antes de eso, muy probablemente en otras ocasiones en las que me pilló observando boquiabierto.

«AL-HAMDULILAH», respondió, sujetando el SIWAK entre los dedos índice y corazón con la misma chulería que si fuese un cigarro.

Después, ambos nos sobresaltamos al oír un aullido agudo cuyo origen desconocíamos, porque su repentino volumen parecía envolver el mundo entero. Sonaba como el gemido de un animal extraterrestre, nos dañaba los oídos y subía de forma continuada hasta alcanzar un nivel extremo, para finalmente descender en una melodía que nos era familiar.

Era un ADHAN con guitarra eléctrica.

En el segundo ALLAHU AKBAR me di cuenta de que provenía del tejado.

Entré en la casa para ver qué pasaba, subí directo al baño

pasando junto a Ayyub el Magnífico que, descalzo, hacía sus ABLUCIONES en el lavabo. Seguí el cable negro enrollado que debía salir del amplificador en la parte inferior del pasillo, salté de la ventana al tejado, donde Jehangir Tabari estaba inmóvil como una estatua con una cresta amarilla de unos treinta centímetros de alto, gruesa y fuerte como el cepillo del casco de un soldado de la antigua Roma, con la guitarra colgando de su delgado pero visiblemente vigoroso cuerpo. La otra cresta de la casa, perfilada en cuatro o cinco puntas de color naranja, pertenecía a un indonesio llamado Fasiq Abasa, que estaba sentado en el borde del tejado con un canuto en la mano y el Corán en el regazo. Ninguno de los dos me vio. Jehangir seguía desempeñando su papel de muecín con la máxima seriedad. Fasiq dio otra calada y bajó la cabeza, aunque no sería capaz de decir si estaba leyendo el Corán o simplemente recitando el ADHAN silenciosamente. Sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal, como suele pasarme cuando escucho la llamada a la oración, pero aquella de Jehangir Tabari me produjo una sensación totalmente nueva: un impetuoso canto de esperanza, una vibrante promesa de seis cuerdas de que los días de gloria del Islam no eran patrimonio exclusivo de abasíes y fatimíes, sino que podían ser nuestros días, los que nosotros vivíamos, si tuviésemos el coraje de reivindicarlos.

Sus dedos se recrearon en LA ILAHA ILLA ALLAH final, como si estuviese tocando cada una de las notas desde el alminar de la MASJID BADSHAHI. Como el ADHAN tradicional, la última parte me dejó una sensación ligeramente triste, casi como de pequeña muerte. Jehangir permanecía en pie, mirando por encima de los tejados del otro lado de la calle,

más allá, en el horizonte. No sé lo que miraba, y me hubiese gustado mirar hacia allá para saberlo, pero mis ojos se quedaron clavados en él. En mi opinión, solo la palabra TAQWA podía describir lo que irradiaba aquel perfil empíreo: el pelo tratando de alcanzar el cielo, el chaleco de cuero negro con tachuelas que reflejaban el sol, la guitarra que le colgaba libremente de la correa cuando se movía. Con solo mirarle, mi cuerpo se cargó de una especie de nerviosismo sagrado, hasta que se dio la vuelta y me vio.

«Joder», dijo sonriendo, devolviéndonos a la Tierra con esa voz ronca y áspera, como de haber estado toda la noche fumando bajo una lluvia helada. Algo así como un Tim Armstrong con acento panyabí. «AS-SALAAMS, tío, ¿qué pasa?».

Entonces Fasiq se dio la vuelta.

«¡Joder! Yusef Ali, ¿cómo estás?».

«WA-ALAIKUM AS-SALAAM», respondí a Jehangir, chocando su mano y abrazándolo con cuidado a causa de la guitarra que había entre nosotros. Después me acerqué justo hasta el borde del tejado para estrechar la mano que me ofrecía Fasiq.

«¿Yusef, tú...?», preguntó Fasiq ofreciéndome el porro.

«No fumo». ¿Cuánto tiempo hacía que me conocía aquel porrero psicótico y cuántas veces me había ofrecido una calada? Si hubiera sido tan áspero en mi rechazo como Umar, el chico ya hubiese aprendido.

«MASH'ALLAH», contestó Fasiq, volviendo la vista a su Corán mientras daba una gran calada.

Y allí estábamos, tres idiotas en el tejado: Jehangir con la guitarra colgando, Fasiq con su hierba y su KITAB, y yo con las manos en los bolsillos.

«Eso es BID'AH», dijo alguien desde el interior de la casa. Umar estaba apoyado en el marco de la ventana del baño, intentando desconchar un trozo de pintura con su pose de superhéroe. Hiciera lo que hiciese, siempre daba la impresión de ser un tío duro.

«Okay», contestó Jehangir, «pues vale, es BID'AH». Umar se distrajo entonces observando la imagen de Fasiq en el borde del tejado, leyendo el Corán mientras fumaba. Fasiq devolvió la mirada a Umar. Mis ojos iban de uno a otro como si estuviera viendo un partido de tenis telepático. Umar con el 2:219 grabado en su cuello, Fasiq con los labios apretados aguantando el humo en su boca. «Ya sabes», dijo Fasiq rompiendo el silencio, «solo los musulmanes utilizan la palabra *innovación* para referirse a algo malo».

«No olvides que tú también eres musulmán», dijo Umar dando la espalda a Fasiq. «¿O no?».

«LA ILAHA ILLA ALLAH», contestó Jehangir. «Es la hora de la ASR». Fasiq exhaló el humo y volvimos a entrar por la ventana.

Hice la ABLUCIÓN en el mismo lavabo que había utilizado Ayyub el Magnífico. Cuando bajé las escaleras, Umar y Jehangir habían despejado casi todo el suelo de la sala de estar y habían preparado las alfombrillas para rezar: una fila de cuatro, con una enfrente de aquel gran agujero en la pared. Aunque en varios colores y con distintos diseños en los ribetes, las alfombrillas parecían dispuestas de forma más o menos uniforme cuando se tendían unas seguidas de otras. Verde y dorada con la MASJID AL-AQSA, bronce y roja con la MASJID DEL PROFETA, verde y dorada con la KAABA y nuevamente verde y dorada con la AL-AQSA. Algunas de